

LA TEOLOGÍA DE LAS NUEVAS ORACIONES EUCARÍSTICAS

La théologie des nouvelles prières eucharistiques, La Maison-Dieu, 94(1968) 77-102

Para comprender mejor el valor teológico de las nuevas anáforas, es necesario, antes que nada, presentar el esquema de las mismas:

1.^a parte:

1) Bendición por las maravillas de Dios en la proclamación eucarística: noción de gracias (*prefacio, sanctus, vere sanctus*).

2) Invocación del Espíritu Santo sobre los elementos: *primera epiclesis*.

3) Realización del Cuerpo de Cristo por las palabras del Señor: *institución*.

El Cuerpo sacramental de Cristo se realiza por su palabra: Cristo y el Reino están presentes en el misterio. Aclamación.

2.^a parte:

4) Bendición por las maravillas de Dios en la anámnesis sacramental: memorial (*anámnesis-ofrenda*).

5) Invocación del Espíritu Santo sobre la comunidad: *segunda epiclesis*.

6) Realización del Cuerpo de Cristo por las oraciones de la Iglesia: *intercesión*.

El Cuerpo eclesial de Cristo se des, arrolla por medio de la oración: Cristo y el Reino de Dios se manifestarán en la gloria.

Conclusión.

Comunión

El Cuerpo eclesial entra en comunión con el Cuerpo sacramental ¹.

ESTRUCTURA TEOLÓGICA DE LAS ANÁFORAS

1) La acción de gracias

No se puede comprender el significado teológico de esta proclamación de las maravillas de Dios en toda la historia de la salvación más que situándola en la tradición judeo-cristiana de la oración. Dar gracias, bendecir a Dios en todas las cosas, es esencial a la

misma oración judeo-cristiana. De ahí que cada anáfora empiece con esta acción de gracias eucarística. Acción de gracias que es, al mismo tiempo, consagración a Dios y santificación del que invoca, en un acto indivisible de la existencia espiritual del creyente. La invitación paulina a orar sin cesar resume toda la vida de oración judía o cristiana, que debe consistir en una comunión consciente con el Dios vivo, al cual se le dan gracias por todas las cosas y por todos los acontecimientos, consagrándolos así por la Palabra y por el Espíritu del Señor. Y nótese que estas oraciones fueron, inicialmente, plegarias de "mesa", oraciones pascuales que aluden siempre al alimento y a la Alianza del Señor con su Pueblo, súplicas, en fin, escatológicas, llenas de esperanza en el Mesías y en el Reino. Se trata, por tanto, de oraciones de un pueblo en marcha que no puede separar la súplica de la acción de gracias: el recuerdo de la redención da motivos a la Iglesia para que vuelva a pedir, hoy, la bendición del Señor. Sería absurdo, por tanto, provocar dicotomías en la celebración eucarística (como si fuese posible la alabanza sin la ofrenda sacrificial): en su misma dinámica, la eucaristía es comunión y sacrificio, alabanza suplicante, acción de gracias que se prolonga en intercesión, don de la remisión de los pecados implorado en una oración propiciatoria. En este contexto es posible comprender mejor el significado de la consagración, en la que confluyen acción de gracias, bendición y súplica, siempre en el marco de la maravillosa acción histórica de Dios.

2) La primera epiclesis

Hay, en cierto modo, un redescubrimiento de la epiclesis en estas nuevas anáforas: el papel del Espíritu Santo, siempre presente en la teología oriental, vuelve a aparecer, explícitamente, en la liturgia romana. Estas nuevas oraciones sitúan la epiclesis sobre los elementos, antes de las palabras de la institución de la Eucaristía, dentro del movimiento de la acción de gracias (en el lugar que antes ocupaba la oración *Quam oblationem*). Esta innovación no responde solamente a un gesto ecuménico frente a los orientales: presupone una seria reflexión pneumatológica. Porque, desde Pentecostés, es el Espíritu de la verdad quien nos encamina a la verdad plena, nos guía, actúa en la eucaristía: sin la acción del Espíritu Santo la palabra de Cristo tendría un mero valor verbal, no actuarla ni sobre el pan, ni sobre el vino, ni sobre la Iglesia, ya que es el Espíritu Santo quien actualiza en nosotros el misterio de Cristo.

Por otra parte, esta epiclesis acentúa la verdadera posición de la Iglesia ante su Señor, al que se presenta humilde y con las manos vacías, con la esperanza de que socorra su pobreza gracias a la fuerza del Espíritu Santo y a la eficacia de las palabras de Cristo. En su oración, la Iglesia no dispone de Dios, sino que confiando en sus promesas y proclamando sus maravillas (acción de gracias), invoca al Espíritu Santo (epiclesis), para que se realicen las palabras de Cristo (institución).

3) La institución

Las palabras de la institución resumen todo lo que Dios ha realizado en favor de los hombres, significado y hecho presente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Las palabras de la institución son una promesa cierta y, a la vez, llevan a cabo lo que significan: la presencia real de la persona de Cristo, muerto y resucitado.

La Iglesia, en su acción de gracias, pide al Padre el don del Espíritu para que haga eficaz la Palabra del Hijo: el Padre otorga el Espíritu, y la Palabra del Hijo lleva a cabo lo que significa. Cristo en persona, muerto y resucitado, se hace presente en el misterio; y con Él, está también presente el Reino aunque todavía no manifiestamente. Esta presencia sacramental de Cristo es para la Iglesia la mayor de las maravillas que puede esperar. Sin embargo, puesto que recibe el don en el misterio, se siente llamada con más fuerza a la esperanza escatológica: la alegría que le proporciona el misterio del Reino, secretamente presente en ella, hace exclamar a la comunidad: "ven, Señor Jesús".

4) El memorial sacrificial

La segunda parte de las nuevas plegarias eucarísticas continúa, desde otra perspectiva, el movimiento de la primera: la atención se centra más en la realización del Cuerpo eclesial de Cristo, que se desarrolla en la oración de intercesión y llega a su término en la comunión.

La presencia sacramental de Cristo permite a la Iglesia llevar a cabo el memorial sacrificial, que consiste en la anámnesis y en la ofrenda: en el Cuerpo de Cristo se encuentra todo el misterio de Cristo, con su vida, muerte, resurrección y ascensión. De ahí la importancia que tiene calibrar el valor del término memorial -traducción, en Pablo y Lucas, de anámnesis- que, a su vez, corresponde a los términos *zikkaron* o *azkarah* de la liturgia judía. Antes de resumir el significado de este término, hay que señalar la importancia que se le otorga en todos los textos conciliares referentes a la liturgia.

La Pascua judía debía ser celebrada "en memorial" de la gran liberación histórica del Pueblo de Dios (Éx 12, 14); es decir: en cada Pascua se actualizaba la historia de la libertad del pueblo escogido. De ahí que la eucaristía sea, dentro del marco de la celebración pascual, la actualización para cada fiel de la obra salvadora de Cristo. Pero la anámnesis no es sólo actualización sacramental de la libertad que nos ha alcanzado la muerte y la resurrección de Cristo; es también memorial *sacrificial*, acto litúrgico, por el que la Iglesia presenta a Cristo la más pura de sus alabanzas, pidiendo suplicante al Padre que derrame sobre toda la humanidad los frutos del sacrificio único del Hijo.

El aspecto sacrificial de la anámnesis es corriente en la Biblia (cfr Act 10, 4.30.31). Más aún: la idea según la cual las oraciones, la caridad y los sacrificios son presentados a Dios como "memorial" forma parte de la liturgia judaica. Por ello, hay que situar las palabras del Señor en la institución eucarística -"haced esto en memorial mío"- dentro de la tradición de las oraciones que recitaban los judíos en la cena pascual; tradición que, por lo demás, ha sido recogida por la liturgia cristiana, perenne memorial de Cristo.

La anámnesis de la ascensión en las nuevas oraciones eucarísticas (III y IV) es muy importante, ya que el misterio de la ascensión afirma y recuerda que Cristo prosigue la obra de la redención por medio de la actualización de su sacrificio de la cruz (cfr Heb 7, 25; 9, 1-24). Cristo sigue siendo en cada eucaristía el gran sacerdote, la ofrenda presentada al Padre, el intercesor.

5) La segunda epiclesis

Cristo se ha hecho presente en su cuerpo sacramental para edificar y unir el cuerpo de la Iglesia. Se puede afirmar que Iglesia y eucaristía se postulan mutuamente. De ahí que el memorial sacrificial lleve a una nueva invocación del Espíritu Santo sobre la comunidad eclesial. Cristo, el gran sacerdote, ha centrado su función intercesora después de la ascensión en la llamada al Espíritu Santo en favor de la Iglesia. Y por ello la Iglesia entera invoca al Espíritu Santo para que prosiga la obra de Pentecostés: obra de santificación y de unidad, obra de santidad y de fidelidad a la misión del apostolado. En la oración, el Espíritu reúne a la Iglesia en actitud de espera vigilante. Luego, el mismo Espíritu llevará a la Iglesia a la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo.

Y, sin embargo, la comunión no es un término, sino el principio de la manifestación del Reino, en peregrinación a lo largo de la historia, hasta que llegue el día de su manifestación final. Por esta razón, la segunda epiclesis se explicita siempre en una oración universal por todas las necesidades de la Iglesia y de los hombres. La intercesión del Espíritu es indispensable para proseguir en santidad el desarrollo del primer Pentecostés.

6) La intercesión

Unida a Jesucristo, su sacerdote, la Iglesia entera intercede al Padre por todos los miembros del Cuerpo de Cristo, del pueblo de Dios, de la familia humana. En el mismo movimiento de súplica y de ofrenda, en el corazón del *memorial* sacrificial, presente Cristo en su sacrificio, la Iglesia suplica al Padre por todos aquellos a quienes nombra ("acuérdate, Señor..."), integrando así en su misterio a los miembros de la comunidad eclesial, a los fieles difuntos, a todos los santos. La intercesión de la Iglesia se apoya en la fe viva en la comunión de los santos. Porque, en realidad, la eucaristía es la súplica más insistente de la Iglesia por el retorno de Cristo y la venida del Reino. Y, a la vez, la preparación de los fieles para este retorno del Señor. Toda la liturgia se orienta hacia este deseo escatológico de la resurrección final de todos en Cristo. La promesa del Reino se actualiza, por tanto, en cada nueva celebración de la liturgia, que viene a ser una tensión comunitaria hacia el Padre, *por medio* del Hijo -intercesor-, *con* el Hijo -realmente presente en el memorial de su sacrificio-, *en* el Hijo -que se da a los miembros de su Cuerpo por la comunión- y, finalmente, en unión con el Espíritu Santo, quien realiza la manifestación epifánica del Cuerpo sacramental y del Cuerpo eclesial de Cristo. La plegaria eucarística termina así con una invocación a la Trinidad.

LOS DIVERSOS ELEMENTOS DE LAS ANÁFORAS

Tras haber explicado la estructura teológica de las tres nuevas anáforas (II-III-IV; designando como anáfora I el canon romano), analizaremos brevemente los diversos elementos que las componen a fin de destacar sus caracteres propios ².

1) La acción de gracias

Está constituida en las tres anáforas por el prefacio, el *sanctus* y el *vere sanctus*. Para la anáfora III, el prefacio es variable según las fiestas. Por lo mismo, nos fijaremos tan sólo en los prefacios fijos de las anáforas II y IV.

El breve prefacio H resume la historia de la salvación, que consta de tres grandes momentos: creación, encarnación y redención. Por Jesucristo, la Palabra viva, Dios Padre lo ha creado todo. La redención es descrita como obediencia del Hijo a la voluntad del Padre, adquisición de un pueblo consagrado y pasión-crucifixión, con carácter de redención universal. Muerte y resurrección están unidos en un mismo acto liberador.

El prefacio IV forma parte de la amplia bendición, por toda la historia salvadora, que se desarrolla hasta la primera epiclesis. Se inicia con la contemplación de los atributos divinos; sigue con la *creación* del universo, acto de amor a la vida y de llamada al conocer; y acaba con la creación invisible -los *ángeles*-, tema de tantas resonancias apocalípticas. Unida a los ángeles, la Iglesia entera entona el *sanctus*. La historia de la salvación continúa: el universo preparado con tanto amor tiene que ser morada del *hombre*, creado a imagen de Dios. Pero el hombre responde con el pecado. Al abandono de este hombre caído, responde el Dios de la *Alianza con Israel*, recordada y avivada por los *profetas*. Al cumplirse la plenitud de los tiempos, el Padre manda al Hijo como Salvador; y Éste, por medio de María, se hace *hombre*. Desarrolla el prefacio la vida de Cristo, su ministerio, pasión, *muerte y resurrección*. Al fin, Cristo manda al *Espíritu Santo* que llevará a cabo la obra de la *santificación*. Se puede afirmar sin exagerar que este prefacio de la anáfora IV constituye un excelente resumen catequético de la *historia da la salvación*.

2) La primera epiclesis

Las tres nuevas epiclesis son muy parecidas entre sí : la invocación del Espíritu Santo sobre el pan y el vino es explícita. Se pide al Padre que santifique los dones de pan y vino por el Espíritu Santo (II, III), o que el Espíritu Santo santifique estos dones (IV), a fin de que se conviertan en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, nuestro Señor.

Para evitar equívocos, hay que advertir que la expresión "para nosotros" de la primera epiclesis de la anáfora II no debe ser tomada en sentido subjetivo, como si no hubiese una objetividad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo en el sacramento, sino sólo una convicción del sujeto, que se dirige a puros símbolos. El verbo ase conviertan" explica la objetividad de la petición y subraya que el Cuerpo y la Sangre de Cristo se dan con vistas a una participación efectiva de la Iglesia en el memorial y en la comunión eucarística, en la que toda la comunidad está comprometida.

3) La institución

Hay leves variantes en la introducción, debido a la fuente a que se remonta la narración. La anáfora III sigue el texto de 1 Cor 11, 23; la II sigue el texto de Hipólito,

simplificado; la IV sigue la tradición juanea, con la mención de la "hora" y la glorificación (cfr Jn 13, 1; 17, 1).

Es preciso prestar atención al final del texto de la institución: "haced esto en memoria mía". En efecto, hay que evitar una interpretación demasiado subjetiva de la memoria, como si se tratase de un simple recuerdo. La palabra "commemoratio" del misal romano tiene un valor más objetivo, y traduce mejor "anámnesis", término del que se ha hablado en la primera parte de este artículo.

Al término de las palabras de la institución, la asamblea responde: "anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección: ¡ven, Señor Jesús!". Se trata de un texto inspirado en Pablo (1 Cor 11, 26). Es una exclamación escatológica, con claras resonancias de la liturgia de la primitiva comunidad (cfr. 1 Cor 16, 22; Ap 22, 17.20).

4) El memorial sacrificial

Como ya se ha indicado en la primera parte, forman el memorial sacrificial la *anámnesis* de los puntos centrales del misterio pascual y la *ofrenda* que la Iglesia realiza. Si analizamos por separado las nuevas anáforas, advertiremos que mientras la III comienza la anámnesis con las palabras "haciendo memoria de tu Hijo...", la II y la IV son más rotundas en sus expresiones e introducen la palabra memorial, que tras el Concilio pasa a formar parte del vocabulario litúrgico. "Celebramos el memorial de nuestra redención" es una expresión feliz que da todo el significado teológico al sacrificio eucarístico según la nueva Alianza (cfr. Lc 22, 19; 1 Cor 11, 24-25). Por lo demás, las tres anáforas hacen la anámnesis del misterio pascual. Las anáforas III y IV recalcan la perspectiva escatológica. En las tres se da el equilibrio entre sacrificio y sacramento; más concisa la II, más explícita la IV.

5) La segunda epiclesis

Es en las anáforas III y IV donde hay que buscar una teología explícita de la epiclesis sobre la comunidad litúrgica y sobre toda la Iglesia. Se descompone en cuatro tiempos: a) petición al Padre para que reconozca el sacrificio eucarístico de la Iglesia y en él el mismo sacrificio de Cristo (III); b) alusión a la comunión del Cuerpo y Sangre de Cristo (III), "en un único pan y en la misma copa" (IV); c) se pide al Espíritu que sacie a los fieles (III) y los congregue (IV) en Cristo, en un solo cuerpo y un solo espíritu; d) que los fieles colmados por la gracia de Cristo se conviertan en ofrenda viva para gloria de Dios.

De nuevo la anáfora III introduce aquí una perspectiva escatológica y hace mención, por lo mismo, de los "santos" y elegidos. El valor ecuménico de este afán de asamblea, tan sobriamente formulado, es digno de notarse.

6) La intercesión

Los diversos "mementos" se sitúan en el contexto del memorial sacrificial. Tan sólo la anáfora III formula una petición explícita por el mundo.

La "*memoria de la Iglesia*" adquiere mayor o menor relieve según el carácter propio de las anáforas. Se ruega por la fe y la caridad (II y III), por todo el pueblo de Dios. La petición se amplía en la anáfora IV pidiendo "por todos los que buscan a Dios con rectitud".

En la "*memoria de los difuntos*" vuelve a aparecer el mismo carácter universal: se ruega por los "hermanos que partieron en la paz de Cristo" (IV) o "con la esperanza de la resurrección" (II), y también "por todos aquellos que han abandonado esta vida" (II), por todos los difuntos "cuya fe sólo Dios conoce" (IV). La orientación de esta "memoria" es la esperanza del Reino (III), en donde resplandece la claridad de la presencia divina (II) : se trata de una *oración escatológica*, que implora para que todos sean acogidos en la vida eterna (II), en donde esperamos contemplar, todos juntos, la gloria de Dios (III) y participar en la herencia del cielo (IV). Y en este momento vuelven a aparecer los "santos" junto con María, la Virgen Madre de Dios. Las tres anáforas coinciden en esta visión comunitaria del Reino, en donde se reúne toda la creación liberada del pecado y de la muerte.

En las anáforas III y IV, se nos recuerda que el Padre nos concede toda gracia por Jesucristo. De esta forma, se introduce la doxología final, en un resumen trinitario de toda la eucaristía.

Notas:

¹ Anáfora: oración dirigida a Dios y pronunciada sobre el pan y el vino al celebrar la eucaristía. Nombre de la plegaria eucarística propio de los orientales, que pasó a designar toda plegaria eucarística.

² El extracto de esta segunda parte del artículo va a ser pretendidamente esquemático. Para una mayor profundización del tema remitimos al número de la revista *La Maison Dieu*, del que hemos extraído este artículo; todo el número está dedicado al estudio de las nuevas oraciones eucarísticas, desde el punto de vista pastoral. Señalemos, en concreto, los artículos de Pierre Jounel, «La composition des nouvelles prières eucharistiques» y de Jean Orchampt, «Valeur pastorale des nouvelles prières eucharistiques».

Tradujo y extractó: EDUARDO LÓPEZ